

## LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO

(REFLEXIONES DE UN PROFESOR NOVEL)

Hace unos días, el nombramiento inesperado de profesor de lengua castellana, tuvo la virtud de sumirme en serias reflexiones, acerca del método de enseñanza que convenía seguir.

Pensando en ciertos maestros de sabiduría indiscutible que, por falta de método, pasaron por mi vida estudiantil como sembradores ineficaces, concluí que más que la ciencia del catedrático y la fertilidad de los espíritus juveniles destinados a recibirla, influía sobre el resultado de un curso el sistema docente que se adoptara.

¿Debía aplicar en mis jóvenes discípulos los métodos utilizados por mis antiguos maestros de lenguaje? En otras palabras, ¿haríamos una peregrinación a través de un texto, capítulo por capítulo, recogiendo en el camino y pegando en la memoria reglas gramaticales con sus correspondientes excepciones, y aquella terminología de los teóricos de la lengua que nos era tan ingrato retener?

En fin, si no había otro camino para llegar a Roma y los resultados eran buenos, apechugaríamos con la gramática y daríamos comienzo a la penosa travesía. ¿Acaso es lícito pretender aprendizaje sin esfuerzo doloroso?

Pero pensemos hacia atrás: ¿qué fruto alcanzamos de aquella prolija recolección de fórmulas gramaticales? Y más adelante, ¿nos sirvieron para algo las recetas de los preceptistas? Absolutamente. Pasados los exámenes, todo ese material yuxtapuesto, que no había criado raicillas en la base de nuestro espíritu, fué a parar al rincón más alejado de nuestra conciencia.

El mismo fenómeno se produjo con los idiomas extranjeros. Teníamos profesores excelentes que con la mejor intención nos atiborraban de gramática. (¡Pobre del muchacho que en un examen se equivocase en la conjugación de *avoir* o de *to have*!). Y salimos de la escuela secundaria incapaces de componer una frase y de expresar en la lengua *aprendida* la más simple de las ideas. Sólo más tarde, ya vendidas al librero de viejo las gramáticas, destartaladas por el estéril manoseo, comenzamos a penetrar en el espíritu de esas lenguas extranjeras metiéndonos de rondón en su engranaje, mediante la lectura directa. Al principio, nuestro exiguo vocabulario nos dificultaba la comprensión. Mas poco a poco, sin necesidad casi de diccionario, a fuerza de leer adivinando, por el contexto, el significado de los vocablos, lo nebuloso del principio se fué convirtiendo en claridad.

De lo dicho, puede inferirse lo siguiente: que todo lo que tenía de árido, de frío, de antipático aquel sistema, lo tenía también de infecundo. Luego, es caso de conciencia desecharlo.

Pero no es esto todo: la infecundidad del sistema no implicaría un mal irreparable. Sería una de las tantas fistulillas por donde se nos escurre estérilmente la vida. Lo malo es que el estudio de la gramática, cuando se realiza con celo excesivo, produce en el espíritu un efecto estrechante, nos endereza hacia una ortodoxia gramatical que tiene todos los inconvenientes del dogmatismo.

La maestría normal, pongamos por caso, cree que esos casilleros gramaticales donde se acorralan las palabras a fin de estudiarlas con mayor comodidad, tienen una fijeza científica, una precisión de límites matemática. Y considera como error intolerable el que un chico confunda, en un examen, un pronombre con un adjetivo, aun cuando este chico sea, entre los de su curso, el que mejor hable y escriba su idioma.

El mismo efecto estrechante puede observarse entre los profesionales de la Gramática y de la Preceptiva, estudios que llevan, como de la mano, hacia la superstición purista, como a los abogados el comercio diario con los códigos los encamina hacia la superstición legalista. Enredados en el limo, en minucias y bagatelas, pierden la noción de la altura.

El dómine de la Gramática concluye siendo tan impermeable a la belleza como aquel crítico que juzgaba una estatua

por las fallas del mármol. Si lee una novela, por ejemplo, va haciendo su “pespunte crítico”, con prolijidad de usurero, un inventario de menudos deslices, (a veces supuestos), y lo verdaderamente sustantivo se le escapa: la posible originalidad del argumento, la verdad humana de los tipos, la libertad briosa y creadora de la forma verbal.

No hay exageración: he oído a uno de estos gramáticos especialistas juzgar un discurso de indudable belleza, despectivamente, porque llegó a sus oídos un término empleado con discutible propiedad.

En este terreno, nadie mata el punto a los gramáticos españoles. Nadie tiene como ellos la obsesión del purismo: quisieran para el idioma un “magnífico aislamiento”, quisieran conservar la lengua pura como una vestal, al abrigo de la contaminación extranjera que la trabaja subterráneamente. El galicismo, sobre todo, les crispa los nervios. Y a fuerza de perseguirlo, ven galicismos hasta en el cocido de garbanzos. Llevan las cosas a tal extremo, que el pobre incauto que los siguiera y leyese en serio un diccionario de galicismos, se encontraría en figurillas para expresarse. Tendría que tomar las palabras con pinzas y asegurarse de su ascendencia legítima antes de usarlas. No importa que la palabra elegida, si es extranjera, la use y comprenda todo el mundo, y sea eufónica y compatible con el genio de nuestra lengua: esa sanción general no la limpia de su bastardía. ¡Infeliz del que diga etiqueta en lugar de rótulo, acaparador por monopolista, banalidad por trivialidad!

Tal vez fuera lo conveniente dar la bienvenida a todos esos vocablos con que nos brindan las lenguas extranjeras, los cuales, agregados a los de igual significación que ya tenemos en nuestro acervo, — cuando los tenemos, — nos pondrían, en cuanto a riqueza de vocabulario, por encima de los idiomas rivales.

Además, con el intercambio recíproco de palabras los pueblos se transmiten un poco de su espíritu; y esto es mejor que ese cerrado proteccionismo aduanero de los nacionalistas de la lengua.

Otra consideración: esta policía intolerante para los vocablos *indesiderables*, y el dominio de reglas y preceptos, ¿trae

como consecuencia la formación de prosistas eximios y de poetas de impecable decir?

La respuesta la tenemos en los mismos profesionales: contadísimos son los que descuellan como escritores. Casi todos escriben con afectación, con giros artificiosos; casi todos se desempeñan en un estilo seco, geométrico, incoloro, que huele a rapé y a romadizo mal curado.

En cambio, las grandes figuras en el mundo de las letras, desdeñan la rigidez esclerótica de la Preceptiva, no se avienen con el corselete de la Retórica que parece entorpecer el vuelo libre de la imaginación creadora. (Zola en los exámenes de Literatura sufrió un descalabro, y, entre nosotros, si no recuerdo mal, algo parecido le aconteció a Rafael Obligado). ¿El Quijote sería tan sabroso si se le tamizara por la Gramática y se le expurgara de los barbarismos y solecismos que prodigó la despreocupación libérrima de Cervantes?

Si esto es así, si la gramatiquería resulta estéril y estrechante, ¿cómo enseñar el idioma?

Debemos enseñar el idioma como se enseña la medicina. ¿De qué valen los recetarios si se carece de la observación directa del cuerpo humano? ¿De qué valen todas las reglas de preceptiva, si no sabemos inducir las de las páginas vivientes de los libros?

Por eso he pensado que, por primera providencia, debía librar a mis alumnos, en lo posible, de la pesada mochila de las fórmulas frías, y despertar en ellos el amor a las letras, poniéndolos en presencia de los grandes cultores del idioma.

La lectura, inteligente y comentada, de nuestros clásicos, es una lección de idioma que no reemplaza la escueta exposición de fórmulas de retórica. Esta lectura, alternada con la de autores modernos elegidos, americanos y españoles, produce en el estudiante la sensación *viva* de eso que llamamos "estilo".

Las lecturas deben acompañarse de una labor analítica. Es útil descomponer los períodos, ir hasta sus resortes escondidos, a fin de penetrar en el *modus operandi* del escritor. Todos los que escriben tienen pequeños secretos de oficio, que no siempre confiesan, pero que es posible sonsacar, mediante una autopsia como la que hemos imaginado.

A veces, por ejemplo, nos impresiona el relieve singular de ciertas páginas, y hurgando un poco, caemos en la cuenta de que todo ello se debe a un simple detalle: a la adjetivación certera y novedosa. Otro autor nos maravilla con el dinamismo de su estilo; y buscándole la causa notamos que se encuentra en el uso superabundante de verbos. Otro nos produce una impresión de riqueza de lenguaje, pero de obscuridad de concepto, a tal punto que se nos antoja estar leyendo un idioma extranjero poco familiar. Averiguada la causa resulta que la obscuridad proviene del abuso de sustantivos técnicos. Así, si un crítico de música nos habla (y somos profanos) del efecto producido por cada uno de los distintos instrumentos que forman una orquesta, ese alarde de abundancia léxica, nos apabulla y nos deja semi a oscuras.

El análisis anatómico de los distintos estilos, no sólo nos inicia en los secretos del oficio, sino que nos pone, — y esto es lo importante, — en condiciones de aprovecharlos.

Además, la frecuentación de los buenos artífices del idioma, va refinando el gusto de una manera suave e insensible. Así como la urbanidad se aprende mejor con el roce de gentes civiles que leyendo el tratado de Carreño, las buenas formas del decir se asimilan mejor “respirando” buen lenguaje, por medio de la lectura, que descendiendo a la simple teoría literaria.

Comenzadas estas lecturas selectas en época oportuna, libertarán al estudiante, por simple efecto de contraste, de esa baja literatura que, en su inconsciencia, toma éste como la última expresión del arte. He podido notar entre mis alumnos un desconocimiento casi absoluto de los grandes autores, (fuera de los exigidos por el programa), y, en cambio, una familiaridad desconcertante con escritores de categoría inferior, difundidos por las editoriales baratas.

Otra cosa: el instinto de imitación que está dentro de nuestra naturaleza espiritual, incita a los predispuestos a la enfermedad literaria, a imitar, consciente o inconscientemente, a aquellos escritores que más han satisfecho su intuición de lo bello. Después de un viaje a través, verbi gracia, del Quijote, nuestro muchacho sale munido de una abundante cosecha de términos castizos y de viejos modismos, los cuales, (usados con mucha discreción), pueden dar a la prosa

moderna un cierto saborcillo de vino añejo. Luego, lecturas superpuestas se traducen en nuevos contagios, en nuevas imitaciones, con el consiguiente desvío de los primeros amores. Y, al final, la crisálida convertida en mariposa, rompe a volar. Y entonces el nuevo escritor abandona la imitación voluntaria y escribe (si no es un histrión) como su naturaleza se lo impone. Pero todas aquellas imitaciones primeras, confundidas, identificadas, han dejado sedimento y darán carácter específico al estilo del nuevo escritor.

Y, por último, la enseñanza del idioma mediante el roce diario con los escritores de mayor enjundia, tiene proyecciones educativas, encierra un agente “fermental” de inapreciable valor.

Todo lo que el espíritu se enerva y amodorra con la repetición automática y bostezada de principios retóricos, se agita y levanta si puesto en contacto con las obras maestras del mundo literario.

Al estudiante, acostumbrado a la prosa chirle del periódico y a la prosa bárbara de las malas traducciones, se le abre, con este contacto, un mundo nuevo; su espíritu se refresca, su imaginación se puebla de entes, creaciones del genio, de cuya existencia ni sospechaba. El mundo deja de ser un pequeño dedal lleno de problemas domésticos magnificados. Y se saborea, entonces, el dulcísimo consuelo de soñar y de abstraerse, por momentos, de toda realidad subalterna. En este sentido dijo bien Shopenhauer cuando dijo que el arte era “una liberación momentánea”.

Y he aquí cómo las letras, las bellas letras, pueden no sólo adoctrinar al joven en el difícil arte del lenguaje, sino también obrar en su alma como fermento hasta abrirla en flor.

CARMELO M. BONET.